

El Amigo del Pobre

FRANQUEO
CONCERTADO

DECENARIO POPULAR CON CENSURA ECLESIASTICA

FRANQUEO
CONCERTADO

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

| | |
|--|--|
| 10 números cada diez días, 2 reales al mes | |
| 20 " " " " " 1 pta. " " | |
| 100 " " " " " 5 " " " | |
| 500 " " " " " 25 " " " | |
| 1000 " " " " " 50 " " " | |

«Este precepto os doy: Amaos los unos á los otros como Yo os he amado.»

(JESUCRISTO A SUS DISCÍPULOS)

Tirada mensual de este periódico
21.000 EJEMPLARES

ADVERTENCIAS

Los encargos y suscripciones de la localidad en la librería de

D. Lino V. Sangenis, Corrida, 73

La correspondencia de provincias al señor Dter. de EL AMIGO DEL POBRE.—Gijón.

REMEDIO INFALIBLE

I

Me permití el lujo de montar en un coche de tercera clase por la potísima razón de no andar muy sobrado de dinero para sacar billete de segunda.

En mi departamento entraron dos trabajadores, uno de ellos joven, de dieciocho a veinte años, y de unos treinta abriles el otro. Ambos regresaban de las minas a su pueblo natal; el de más edad por enfermo, y el más joven a casarse. Los conoceremos por los nombres de Faustino y Jerónimo.

Faustino, el delicado de salud, distinguíase por su pausada manera de hablar; era calmoso, y bien pronto se descubría en él un carácter sesudo y reflexivo. En cambio Jerónimo era hablador y algo atolondrado; y aumentaba en muchos grados la simpatía que inspiraba su franco y risueño carácter, si no tuviera el asqueroso vicio de blasfemar. Su boca era un cráter del infierno apenas pronunciaba dos palabras seguidas sin intercalar una horrible blasfemia.

A mí, si bien me horrorizaba tan satánico lenguaje y me excitaba la ira, me daba cierta lástima que joven tan simpático tuviese tan execrable vicio, lenguaje tan infernal.

En semejantes casos, es preciso obrar con mucha prudencia. Dar rienda suelta a la justa indignación e increpar furiosamente al blasfemo, suele ser contraproducente, y lejos de lograr lo apetecido, esto es, la enmienda, se expone uno a que las blasfemias se multipliquen.

Procuré calmar mis excitados nervios, y riéndome con burlona carcajada, le dirigí semiconfidencialmente a Faustino estas palabras:

—No sé cómo se ha puesto en camino su amigo de usted con esa feroz disentería.

—¿Qué me dice usted?

—¿No ve usted que no se pasa un segundo sin que el amigo se ensucie,

cuándo en el nombre de Dios, cuándo en San Pedro, y en toda la corte celestial?

A Faustino le hizo gracia el chiste y lanzó una sonora carcajada.

—Mira lo que dice este señor, amigo Jerónimo: que si sigues así... en el cielo y en la tierra tendremos que andar con zancos, para no mancharnos con tanta *basura* como vas echando.

Se puso colorado el joven me miró con cierta vergüenza, y dijo:

—La verdad es que es una fea costumbre. No la tenía yo antes; pero allá en las minas...

Viéndole en tan buena disposición de ánimo traté de excusarle algo, para de este modo predisponerle a escuchar mis razonamientos.

—Yo tenía un pariente (proseguí dirigiéndome a Jerónimo), que también como usted era un joven simpático, de noble corazón y bien educado por su cristiana madre; pero al juntarse en las fábricas con deslenguados compañeros, adquirió igualmente el asqueroso vicio de blasfemar. No pude resistirme un día y le increpé de este modo: Eres un salvaje, un bestia, un bruto, más bruto que el burro que tienes en la cuadra; más aún; porque todo cuanto te llamo es poco. No comprendo, no puedo comprender por qué un hombre que se precie de ser hombre pueda blasfemar. Si me dicen que un hombre ha robado, no me extrañará, porque el hambre, el juego y otras mil causas pueden haberle inducido al robo. El hombre puede llegar a ser ladrón. Si me dicen que un hombre ha matado a otro, no me admirará, porque la venganza, la envidia, los celos, la ira, le han cegado. El hombre puede llegar a ser homicida. Si me dicen que un hombre ha envenenado y asesinado a media humanidad, llegaré a concebirlo. Todos esos crímenes se comprenden en la miserable condición humana; puede decirse que son *cosas* de hombres. Pero blasfemar contra Dios, contra el Cielo... eso no es *cosa* de hombres, es *cosa* de demonios. ¿No es verdad?

—Tiene usted muchísima razón— me contestaron a una Faustino y Jerónimo.

Y... (cambiando de conversación) ¿de dónde son ustedes?

—Somos aragoneses; vamos a Ricla, nuestro pueblo.

—¡Caramba! Ahora lamento más aún, que usted, Jerónimo, haya contraído ese vicio propio de demonios Aragón es para mí la región más simpática del mundo; de no haber nacido en la patria del Cid, hubiera querido nacer en Aragón, la tierra bendita que eligió la Virgen para venir a visitar, cuando aún vivía en carne mortal, a los españoles. ¡Aragón! ¡la patria de los *hombres*!; ¿cómo un aragonés, un *hombre* por antonomasia, puede renegar de ser hombre para rebajarse a un grado infinitamente más inferior que el de la bestia? Mire usted, o deje usted para siempre la blasfemia, o no diga usted ¡por Dios!, que es aragonés, de los hijos de la Pilarica, porque es deshonorar a su patria, es manchar el inmortal nombre de Aragón.

A la fuerza de mis razonamientos se unió el legítimo orgullo de Jerónimo de ser aragonés; y altivo, con un tono que equivalía a un solemne juramento, me dijo:

—¡Basta, señor! Le prometo que de mis labios, como no sea sin querer por la mala costumbre contraída, no saldrá jamás, de hoy en adelante, una blasfemia.

—¿De veras? ¿me lo promete usted a fuer de aragonés? ¡Mire usted que los aragoneses tienen fama de no faltar a la palabra que dan!

—¿Me lo promete usted de veras? —¡Rediezla! Me parece que lo he dicho bien claro para que se me entienda!

—¿Y si por la fuerza de tan maldita costumbre se le escapa a usted, de cuando en cuando, alguna de tan horribles porquerías?

—Pues por cada una que se me escape, me arranco un *puñao* de pelos de la cabeza.

—Si cumples lo que acabas de pro-

meter—le dijo Faustino—me parece que pronto estarás calvo del todo.

—Y tú eres testigo; y si ves que falto a mi palabra, por cada vez que falte, me das un puñetazo en el codo con toda tu alma.

—¿De veras? ¡chócala!

Y Jerónimo y Faustino se dieron la mano como en señal de pacto o de firme compromiso.

II

Cinco o seis meses después me encontré en Bilbao con el joven aragonés.

Se acercó a saludarme. Yo soy mal fisonomista. No me acordaba ya del bravo Jerónimo.

—¿No me conoce usted? Yo soy Jerónimo, aquel de la disentería...

—¡Ah!... ya me acuerdo. Y el otro amigo se ¿curó?

—En seguida se puso bueno con el tintillo de Riela. Yo me casé; vivo en Sestao con mi mujer, y está con nosotros (de posada) Faustino.

—Supongo que cumpliría usted su palabra de honor, como buen aragonés.

—¿No la había de cumplir? Sepa usted que soy tozudo, como los de mi tierra.

—¿Y cuántos cogotazos le ha tenido que dar Faustino?

—Para decir la verdad, antes de llegar al pueblo me tuvo que dar uno (que fué morrocotudo) porque se me escapó una muy gorda. Pero no me ha tenido que dar más. En cambio, yo me he desquitado.

—¿Cómo?—le pregunté sonriendo.

—Que también él cuando se descarriló un día la vagoneta en la mina, soltó en terno; y yo, más listo que un gamo, salté, y dije:—Ahora me la cobro con créditos y todo, y le dí una tozolada que le hice caer de bruces.

—¡Caracoles!

—Puede usted estar seguro de que ni a él ni a mí se nos escapa ni un terno ni para un remedio.

—Lo celebro.

—Está visto, para cortar la disentería... tozolada limpia y tente tieso.

ANTONIO DE LA CUESTA.

EL JUEGO

¿Tienes el vicio de jugar? Pues échame al cesto, no me leas, porque será inútil lo que te voy a decir, y no has de sacar fruto ninguno de esta lectura. ¡Ay del que se aficiona al juego y al vino! jugará! beberá! y aunque le haga daño el vino y el juego le arruine, volverá a beber y a jugar.

En cambio si no eres aún jugador, o si todavía empiezas a serlo, léeme.

Jamás te aficiones al juego, porque—¡fija te bien!—el juego es el arte de perder todo menos la esperanza de ganar.

Se pierde en primer lugar lo que se pierde. Y esto es mucho. No he de meterme en los cálculos ni en matemáticas. La cosa es bien simple. ¿No veis cómo prosperan todas las casas de juego? Pues todo esto lo pierden

los jugadores. Aún fuera de las casas de juego y suponiendo que jugáis en las condiciones más equitativas, es evidente en el juego se pierde lo que se pierde.

Se pierde también lo que se gana. Porque cebo de la ganancia lleva otra vez a jugar hasta que se pierde lo que se había ganado. Raro rarísimo será el que si gana se retira del juego. Raro, el que con el juego haya enriquecido. Los hay, sí, que a veces se retiran del juego con una gran ganancia. Pero en primer lugar esto es raro. Además el que gana sigue jugando por el cebo, hasta que vuelve a perder. Y luego, cuando uno gana se le pegan sin sentir una plaga de gorriones, y en copas y juergas y alegrías se va la mitad de lo que se ganó; en fin, como el dinero ganado sin trabajo se pierde sin utilidad, porque parece dinero sobrante, es lo más frecuente gastar lo ganado en cualquier chuchería que no luce, en cualquier golosina o diversión y sobre todo... en vicios, en Baco y en Venus...

La historia de los jugadores tiene dos capítulos. 1.º Cómo se pierde lo que se pierde. 2.º Cómo se pierde lo que se gana. Lo que se pierde se va; lo que se gana se derrama.

Se pierde la paz. Porque el juego es una de las pasiones que más alteran al que juega. Acercaos a una mesa de juego, observad las posturas violentas, las facciones desencajadas, las palabras bruscas, los afectos agitados, la ira, el deseo impaciente, la rabia inquieta, la ansiedad febril mezclada de temor y zozobra... Suelen decir que en la comida y el juego se conoce lo que es el hombre. En el juego esto es tan verdad, que aun en el juego tomado por diversión y no por interés se le sueltan al que no está muy en sí todos los afectos y pasiones.

Se pierde el placer. Para divertirse se ha hecho el juego, y sinónimo es juego de diversión; pero pensáis que los jugadores se divierten? Lejos de eso. Las partidas de dinero desazonan los juegos más honestos y simpáticos.

Se pierde la vida de familia. El juego, la baraja, la ruleta os retiene sin sentir horas y horas... Vuestra esposa, vuestra madre llora sola en su casa; vuestra hija, vuestra hermana acompaña la soledad de su madre, tristes y pensativas, mientras vosotros prolongáis las tardes y las noches en el casino, para volver después alicaído y sin decir una palabra, desganado, sombrío y tal vez arruinado... a la familia, donde debíais haber gastado lo que habéis perdido!

Se pierde la afición al trabajo. Precisamente esta es la pérdida filosofía del juego. El ansia de ganar sin trabajar, el esperar del azar, de una carta, de una billa, de un palo, la fortuna que sólo es fruto del árbol del trabajo.

Se pierde la hacienda. Porque ya dije que en el juego se pierde todo menos la esperanza; no se retira, pues el jugador del juego mientras tenga una peseta que perder. Al contrario, cuantas más veces ha perdido, más se aferra en jugar, considerando que alguna vez le ha de tocar ganar; y que pues tantas ha perdido, cerca debe estar la vez de la ganancia. Y mientras ésta viene, sigue jugando y regularmente perdiendo. ¿Quién será tan poco versado en el mundo que no haya visto, no uno, sino muchos arruinados por el juego?

Se pierde la libertad. El jugador que pierde busca quien le preste lo que ha perdido. Un usurero, un tunante, un enredador le acecha los pasos, y con una de las innumerables perfidias que ellos saben, le enredan en sus cadenas, de las que ¡ay! cuándo saldrá?... El juego es el padre fecundo de las deudas y de los compromisos.

Se pierde la conciencia. El que juega, ciégase para no ver sus deberes, y en pos de sus falaces esperanzas de ganar, y sobre todo de recobrar lo perdido, juega lo que tiene, juega lo que va a tener, juega lo que es suyo, juega lo que es ajeno, juega lo de otros, juega lo de su mujer y sus hijos, y lo de su amo, lo de sus amigos, lo de su caja, lo de su administración y lo de su regimien-

to... Los más de los desfalcos, de los fraudes, de las sustracciones tienen su móvil primero en el juego.

Se pierde el crédito. ¿Quién se fiará de un jugador? ¿quién le dará su administración, su caja, su dinero? El jugador es un saco roto. Nadie echará en él una peseta si quiere conservarla.

Se pierde todo. Ay! el juego es una cadena infame que comienza por una diversión, y por una serie de eslabones ignominiosos, acaba en un tribunal, en una cárcel, en una desesperación, en un suicidio...

Si queréis jugar, jugad para divertirnos, no para ganar, jugad a juegos de industria, no a juegos de azar; a juegos claros, no a juegos ocultos; pocas horas, y ni aun horas, jamás tardes y noches...; poco, muy poco, poquísimo, nunca grandes sumas; lo vuestro, jamás lo ajeno.

Padres, si vuestros hijos juegan no les paguéis lo que juegan, dejadlos a las consecuencias del juego, al deshonor de no pagar, al peligro de ser encarcelados. Más vale que pasen sus apuros una vez cuando jóvenes, que no que después, cuando varones, los pasen ellos y los hagan pasar a los demás...

Señoritas, por nada del mundo os caséis con un jugador, y aunque se muestre honrado mientras os hace el amor, desconfiad de él, porque cuando os coja os jugará lo vuestro y si, a mano viene, a vosotras mismas.

Y tú, amigo mío, si no juegas todavía, no te metas ¡por Dios! en ese sendero tan enzarzado y resbalizo. No vayas a casas de juego que son antecelas de las casas de préstamo, de las cárceles, de los tribunales y de la desesperación.

Y si quieres jugar ¡créeme! hay dos juegos preciosos que te darán más que todos los juegos: el juego del trabajo y el juego del ahorro.

R., S. J.

Importante

para nuestros suscriptores
al corriente en el pago

Advertencia

El día 31 del presente mes queda cerrado el plazo para el sorteo de la casulla.

En nuestro número del 10 de Septiembre próximo publicaremos el número premiado.

Notas recibidas

98 y 99.—D. M. C., de Gijón.—Parroquia de Granda.

El librepensador y el monaguillo

Iban de viaje en un mismo coche un sujeto con el aire de personaje, y sentado a su lado un muchacho; y, acertando a pasar por delante de una iglesia, quitóse el chico la gorra y se santiguó. Sonrióse el otro y le dijo:—Apostaría que eres un monaguillo.—¡Sí, señor, y me preparo para recibir la primera Comunión!—¡Ah! ¡ya! Y ¿qué te enseña el cura?—Me explica los misterios.—¿Los Misterios? Explícame eso, por que yo lo tengo olvida-

do, como con el tiempo lo olvidarás tú también.—¡Cal! no, señor! ¿Cómo quiere usted que me olvide, pongo por ejemplo, del misterio de la santísima Trinidad?—¿Qué es eso de la Santísima Trinidad?—Es un solo Dios en tres personas.—Pero ¿qué entiendes tú de eso, chiquito?—En punto a los Misterios hay que tener en cuenta tres cosas: *saber, creer y comprender*. Sé y creo, pero no comprendo; pues los misterios solamente pueden comprenderse en el cielo.—Eso son cuentos, yo no creo sino lo que entiendo.—¡Ah! pues dígame usted: ¿por qué mueve el dedo cuando quiere?—Lo muevo porque mi voluntad imprime movimiento a un nervio que corresponde al dedo.—Pero explíqueme usted cómo obra su voluntad sobre el dedo. El chiquillo empezaba a sonreírse y mirar al personaje con curiosidad comprometedor.—Pues obra...—Bueno lo entiendo, pero no lo sabe explicar.—Eso es.—Bien; pues dígame usted: ¿por qué cuando quiere mueve usted el dedo, y no puede mover la oreja?—Mira chiquillo; déjame en paz, porque no eres tú quien debe darme lecciones. El chiquillo soltó el trapo, y con él hicieron coro los demás que en el coche iban, a expensas del librepensador.

LA GOLONDRINA

Esa golondrina
que el aire atraviesa
batiendo voluble
sus alas inciertas,
jamás ha querido
posarse en la tierra;
ya pasa, ya vuelve,
ya viene, ya llega,
ya casi la toca.
Se aparta, se acerca,
la mira de lejos,
la roza ligera,
pero no se atreve
a posarse en ella,

porque tiene el nido muy alto, muy alto,
y teme llorarle perdido a la vuelta.

Pues dime, alma mía,
golondrina inquieta,
ave desterrada,
inmortal viajera:

Si sabes que tienes tu nido en el Cielo,
¿por qué pones todo tu amor en la tierra?

LUIS R. DE VITO.

BUENA RESPUESTA

(HISTÓRICO)

Fué el lugar de la escena uno de los coches de tercera de un tren que caminaba de Valencia a Madrid.

En aquel tren habían tomado asiento dos mozalbetes despreocupados, algún tanto distantes de lo que la más rudimentaria buena educación prescribe; de esos que comparten sus días entre la viciosa holganza de casinos y tabernas y la lectura de *El País* y otros semejantes *textos de cultura*. Ni hay que decir que una de sus conversaciones favoritas era despotricar a su talante contra todo lo que a religión supiera.

Llegó el tren a la estación de Ciempozuelos; abrióse la portezuela del coche y pene-

tró en él un fraile joven. Era un Hermano de San Juan de Dios.

Saludó el fraile cortésmente a los que en el coche se hallaban; tomó asiento junto a los mozalbetes y sacando un breviario se puso a recitar las horas canónicas. Los mozalbetes le miraron con desdén, con desprecio, y tras de dirigirse una mirada de inteligencia, pusieronse a desbarrrar contra la religión. Al pronto quedó el fraile sorprendido, y levantando su mirada, fijóla detenidamente en aquel par de necios que de tan soez forma se producían, pero bien pronto tornó a la recitación de su breviario. Esta actitud desdeñosa pareció exasperar a los jovencuelos y apretaron en sus impiedades y en sus diatribas contra todo lo respetable y sagrado.

Un momento llegó en que no pudiendo resistir más los otros viajeros, levantaron sus voces afeando la conducta de aquel par de energúmenos. El fraile salió entonces de su mutismo y dirigiéndose a los allí presentes, dijo con voz tranquila y reposada: «Dejenlos, señores. Estoy acostumbrado a oír disparatar. Llevo doce años en Ciempozuelos cuidando de los pobres dementes y ya comprenderán ustedes cuán acostumbrado estaré a oír majaderías.»

Una estruendosa carcajada estalló en el coche. Los desvergonzados aquellos tuvieron que cambiar de vehículo en la primera estación, corridos de las burlas de que fueron objeto una vez que el fraile silencioso habló.

El Hermano de San Juan de Dios, como si nada hubiese ocurrido, continuó leyendo en su breviario.

¡Edificios! ¡edificios!

Algunos católicos entienden la caridad como si Jesucristo hubiera venido al mundo a plantear solamente un hospital o a cavar los fundamentos de un cementerio interminable. Para ellos, para sus testamentos, no hay más que edificios, hospitales, panteones. Ciertamente que Jesús sanaba a los enfermos; pero su misión principal se ordenaba a la doctrina, a salvar ánimas y en vez de convertir el cenáculo en hospital y en enfermeros a los apóstoles, les mandó abrir las puertas y les dijo: «Id por el mundo y enseñad a todas las gentes cuanto yo os he enseñado.»

IVON L' ESCOP

Correspondencia habida entre el diablo y un vinatero

DE ESTE A AQUEL

Estimado señor:

Acabo de abrir unos salones para la venta de vino, cerveza, aguardiente, ron y todos sus compuestos. Nuestros deseos, aunque algún tanto diferentes, se pueden lograr mejor por la unión de nuestros trabajos, por lo tanto, yo propongo una Sociedad.

Todo lo que yo quiero de los hombres es su *dinero*: todo lo demás será de usted. Traígame a los diligentes, los sobrios, los respetables, y yo se los devolveré a usted borrachos, pobres y malvados. Traígame al joven, y yo arruinaré su carácter, destruiré su salud, acortaré su vida y apagaré sus esperanzas inmortales. Traígame al marinero de ardiente y buen corazón, y lo echaré sobre los escollos, naufrago para siempre. Traí-

game al hombre moderado y de templanza, al discípulo de Jesús, los magistrados, legisladores y jueces, y haré que sean cómplices en la violación de las leyes, y a todos nos irá bien.

Porque sabed, oh sapientísimo rey de las llamas! que del ebrio se puede hacer mal hijo, mal esposo, mal padre, mal ciudadano, que es lo suficiente para poder llevarle numerosos moradores a tan ardiente mansión.

Soy de usted atento servidor,

El Vinatero

(En el número próximo veremos lo que contestó el diablo.)

Misa de doce

¡Concurrencia selecta! Cruje la seda; telas ricas de última moda dejan oír ese *frou frou* de su roce al deslizarse por la iglesia; cómodos reclinatorios forrados de terciopelo o suave moqueta, hechos a propósito por excelentes artifices, resbalan sobre el duro pavimento movidos por nerviosas y pequeñas manos cubiertas de finos guantes, y a uno y otro lado cual inconstantes veletas, giran cabezas femeninas ataviadas con elegantes sombrerillos de varias formas y adornos; capaces los rostros, que cubren, de distraer de su oración al más mortificado anacoreta. A juzgar por las actitudes y volubilidad de sus movimientos y el vaguar de las miradas, que apenas se fijan en ricos devocionarios de chagrín o nácar, la iglesia es un punto de reunión de moda y buen tono. Es costumbre recibida asistir un cuarto de hora los domingos y días festivos al Templo de Dios porque así lo exige la mundanología, que lo mismo se prepara a la Comunión de rúbrica, asistiendo la víspera a los bailes con desenfundados escotes, como insulta la miseria pública en bailes y conciertos de beneficencia arrojándola unas cuantas monedas impregnadas del hálito sensual de sus pasiones.

Si el sacerdote, por su avanzada edad o delicada salud tarda media hora, el tiempo se hace insoportable, las muecas de disgusto se dibujan en las fisonomías, y ya en la calle le disparan su correspondiente saetazo aquellas atildadas señoritas que desperdician diariamente dos o tres horas en su tocador.

El silencio habitual bajo las bóvedas sagradas en las primeras horas de la mañana, no existe, y el continuo entrar y salir de gentes más o menos perezosas distrae y fatiga a los bien contados creyentes que están allí de veras para pedir a Dios el remedio de sus necesidades.

En cuanto al sexo llamado fuerte, es lamentable su proceder. Entran sin postrarse o hacer genuflexión; si se persignan, hacen en vez de cruz

garabatos chinos, y como en un baile o en un teatro, pasean sus impertinentes y curiosas miradas por las agrupaciones de señoras conocidas o no conocidas, fijándose tenazmente en las que les agradan, cual molestos y feos abejorros posados sobre cálices de preciosas flores. Rezar... no saben; hace mucho tiempo olvidaron las plegarias que les enseñó, a fuerza de paciencia y dulzura, cariñosa y piadosa madre. ¡Desdichados! Ignoran la fortaleza de una oración humilde a Dios Omnipotente, y en sus penas y en sus quebrantos o blasfeman o se suicidan. A cuatro pasos, si quisieran, si pudieran fijarse en ello, tienen los confesonarios donde hallarían la paz de sus almas, la fe perdida, la indispensable esperanza y la ardiente caridad que hace amables los días del Justo sobre la tierra. Y ¿qué importa la frívola sonrisa, la burla volteriana, ante la inquebrantable verdad? No extrañemos que sentados en aquellos bancos, con las piernas cruzadas una sobre otra, contemplándose mutuamente, apenas noten la elevación de la Sagrada Hostia, ni se postren, ni la adoren.

La Mesa Eucarística está solitaria. La Misa termina, y las señoras y señores dicen que la han oído y cumplido el precepto dominical. ¿Saben acaso lo que es la Misa? ¿Recuerdan el Catecismo? ¿No habrá por esos mundos elegantes algún verdadero amigo que les enseñe lo que ignoran y hagan una insigne obra de caridad, ya que no son gentes que asistan a las

enseñanzas doctrinales de sus parroquias? Deben saber que el sacrificio incruento de la Cruz, la presencia de Jesús Hostia, exigen no sólo oír atentamente las preces, sino unirse a él espiritualmente y considerar que la Misa es la oración mejor y el más perfecto sacrificio hecho a Dios en que se imploran sus beneficios, se le agradecen sus bondades, y Jesucristo se ofrece a su Eterno Padre en expiación de los pecados.

Deploramos con toda nuestra alma estas irreverencias y sacrilegios de que se hace pública ostentación, y protestamos con toda energía contra esa glacial indiferencia y falta de respeto al Santísimo Sacramento cautivo de amor en nuestros templos, paciente, pero remunerador sabio de justos y pecadores.

A.

BIBLIOGRAFIA

Escrito por don Alejandro Rodríguez Batista, hemos recibido un precioso folleto titulado «Las Obras Católico-Sociales de Alcalá de Henares» en el que, después de exponer de modo claro y elocuente el estado de Alcalá hace doce años cuando allí imperaba el republicanismo sectario, resultando de ello un pueblo, en su mayor parte, procaz, blasfemo, impío y vicioso, hoy es todo lo contrario, merced a la activa propaganda católica, iniciada con el ilustrado semanario «El Amigo del Pueblo», que tiene una tirada de 1.500 ejemplares, al que siguieron, como consecuencia del poderoso influjo de la prensa, *mitines católicos*, un *Centro Católico de Acción Social Popular*, con casa

propia, la más grande y mejor de la ciudad; la *Escuela de Artes e Industrias*, con personal competentísimo y entusiasta; la *Mutual Obrera Complutense*, con más de quinientos socios obreros, casi todos los de Alcalá; *Sindicatos femeninos* y *Caja de Ahorros y Monte de Piedad*, que cuenta, a pesar de no llevar más de un año de existencia, con ingresos por 30.000 ptas., y préstamos hechos en cantidad que se aproxima a la ingresada en Caja. Este establecimiento ha sido declarado de R. O. Instituto de Beneficencia y puesto bajo el patrocinio, inspección y tutela del Gobierno español.

Termina así el referido folleto, cuyo envío agradecemos:

«El fundador

¿Quién ha ideado, realizado, conservado y perfeccionado las Obras católico-sociales complutenses? Un hombre de una inteligencia privilegiada, de un corazón grande, de una generosidad rayana en prodigalidad, de una previsión perspicaz, de una constancia increíble, de un tesón de hierro y sobre todo de una inclinación al sacrificio propia de los grandes héroes del cristianismo. Un sacerdote humilde, el Doctoral de la Santa Iglesia Complutense y actual Provisor del Obispado de Astorga, don Víctor Marín, ha realizado esta grande empresa casi milagrosa. Mucho ha sufrido, muy grandes han sido sus amarguras, que nada tienen que envidiar a las del gran Piquer, fundador del Monte de Piedad de Madrid; muchos y poderosos han sido sus enemigos (¡desgraciado el que no los tenga!), pero se ha vencido a sí mismo y a sus adversarios, y ahí está su obra. Regatearle los elogios sería injusto, y para concluir citamos las palabras recientemente dichas por un pundonoso caballero cristiano, teniente coronel de nuestro Ejército: «Si Alcalá de Henares no levanta una estatua a don Víctor Marín, no debe levantársela a nadie.»

Correspondencia administrativa

Sr. D. I. A.—Madrid.—Pagó a fin Julio 1915.

Sr. D. J. del B.—Miraflores.—Pagó Julio 1915.

FÁBRICA DE ORNAMENTOS Y ARTICULOS DE IGLESIA

de JOSE SALA BRUNET
calle de la Canuda, núm. 9—BARCELONA

Casullas y ternos completos, de damasco y tapicería, desde lo más sencillo a lo más rico que se pida, tanto en tejidos como bordados.

Se bordan estandartes, banderas y túnicas para imágenes, en oro y sedas, a precios módicos y tan buenos como se deseen.

EL LIBRO MAS UTIL DE TODOS es el

RECETARIO DOMESTICO

del Ing. Gherzi y el Dr. Castoldi

En las 5.667 recetas que contiene se encuentra solución para todos los problemas de la casa.

Un volumen de 1.014 páginas, Ptas. 12.
GUSTAVO GILI, editor, Barcelona.

Imp. de Lino V. Sangenís.—Gijón

FUNERARIA DE Hijos de Feliciano Rodríguez

FUNDADA EN 1874

La más antigua de la provincia

Moros, 40.—GIJÓN—Teléfono 103

SERVICIO PERMANENTE

—: Prontitud, esmero y economía :—

IMAGENES Y ALTARES

Para adquirirlos recomendamos los laureados y acreditados talleres de

JOSE TENA

BAJADA PUENTE DEL MAR, 1

VALENCIA

No dejar de consultar esta casa.

PAÑOS Y NOVEDADES

LA SIRENA

Corrida, 86 y 93

GIJÓN

BANCO DE CASTILLA SOCIEDAD ANONIMA FUNDADA EN 1857

Infantas, 31. MADRID

Agencia de Gijón: Calle de los Moros

Cuentas corrientes, Giros, Cobros, Comisiones, Compra y venta de efectos públicos, monedas y billetes de Banco extranjeros, Cartas de crédito, Descuentos, Préstamos, Cuentas corrientes con garantía de valores, Depósitos, etc.

CAJA DE AHORROS

Imposiciones desde UNA peseta en adelante al 3 por 100 de interés anual.

Acebal, Rato y Comp.^ª

FUNDACION DE HIERRO

Barrio del Tejedor.—GIJON

Cocinas cerradas desmontables, todas de hierro fundido y por lo tanto de gran duración; no necesitan material de albañilería; pieza inutilizada se sustituye por otra, evita este sistema las cucarachas o correderas, y su montaje se hace en quince minutos. Se fabrican para leña, carbón y cok o solo para la combustión de carbón y cok.

Patentada con el núm. 50.316

Se fabrican también de todos los demás sistemas y se elabora cuanto se relaciona con el ramo de fundición de hierro, como placas, lucernas, bajadas de aguas, tuberías, parrillas, etc.